

P o r E l l a

Ha mucho que en mis noches, negras y solitarias,
imploro a un viejo Cristo por un inmenso amor,
porque transforme en dulces mis voces incendiarias
y torne mis blasfemias en nítidas plegarias
y en mi cielo haya estrellas de místico fulgor.

Ha mucho que velando me encuentra la alborada,
¡cómo he visto las horas lentamente pasar!
los pensamientos negros viven en mi morada,
el angel del ensueño no viene a mi llamada
y el genio del orgullo no me deja llorar.

Cuando oigo que en las torres anuncian las campanas
que va a encenderse el orto con la luz matinal,
veo mi derrota cerca, mis victorias lejanas;
me siento león herido que ve sus soberanas
estirpes mancilladas;
águila que ha caído vencida de su trono
y a la luz de un ocaso de luces desmayadas
fue herida con encono
y vió usurpar por víboras su imperio sideral.

Entonces, fuerte y hosca, se yergue mi cabeza,
sacudo mi melena, creo oír el caracol
que oyó mi heroica raza de Cuauhtemotzin fiero,
vuelvo la cara al sol
y sigo pensativo por mi abrupto sendero.
¡Oh, Dulcineas —Locuras—, Oh, Dolor —mi escudero—,
Soberbia de mi Raza —patrimonio y crisol!

Mi vida —trayectoria de una veloz saeta
lanzada por mi raza prepotente y audaz—,
declina lentamente, sin llegar a la meta,
para caer en el feudo tranquilo de la paz.

Va quedando muy lejos la región misteriosa
que hace partos de trinos, donde hay rojos crisoles
que apoteosis modelan magníficas, radiosas.
¡Es forzoso el ocaso para todos los soles,
para todos los hombres son, sin duda, las losas;
pero es que el astro puede tener resurrecciones,
—transformaciones, leyes de seres y de cosas—:
el sol, cuando resurge, trae luz y trae canciones
y el hombre muerto, aromas, al transformarse en rosas!

Intenté ser apóstol, al dolor de las masas
le di mi sangre roja, mi ardiente juventud;
triunfé y orné mi frente con las triunfales gasas
—tocado de las cumbres—
y no sentí deslumbres
ante la excelsitud.

Pero ella que me amaba, quedose en el olvido,
¡ella! que para el triunfo me proporcionó escala
tal vez con su oración;
quizá mi ardor fue un ala y su cariño otra ala
que me volvieron cóndor, o fue otra de las garras
que me volvieron león.

Quizá con su encendida plegaria fue más rojo
mi rojo pabellón;
tal vez antes de herirme la hirieron rudamente
y en tanto que el guijarro lapidaba mi frente,
penetrar los puñales sintió en el corazón.

Así luchó a mi lado, Señor, discretamente,
—le digo al viejo Cristo—, pero tarde la vi;
es tarde y ya se ha ido. ¡Señor, haz que me quiera!
¡Un jirón de mi tarde le daré, una quimera,
si no ascendió conmigo Tabor ni Sinaí!

¡Yo quiero amarla mucho, Señor, inmensamente,
como el musgo a la roca,
cual la yedra es amada por el tronco viril;
quiero besar su boca
devotamente,
quiero besar su frente
de pálido marfil.

En comprender mi olvido tengo un feroz castigo,
presiento que están próximos mortaja y ataúd;
quiero, un remordimiento que siempre va conmigo,
dejar, y que me envuelva la paz, no la inquietud.

...Y el viejo Cristo calla con un mutismo grave;
parece que medita; tal vez un día hablará...
La duda me acomete con un atroz: ¡Quién sabe!
Y yo mismo murmuro casi sin fe: ¡Quizá!...

Nombre de archivo: ARTICULO PENDIENTE
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 28/04/2011 13:57:00
Cambio número: 181
Guardado el: 10/05/2011 9:34:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 3,206 minutos
Impreso el: 10/05/2011 9:34:00
Última impresión completa
Número de páginas: 3
Número de palabras: 0 (aprox.)
Número de caracteres: 3 (aprox.)